LO QUE SE PUEDE APRENDER EN ESPAÑA

Conferencia dada el 2 de abril de 1921 ante el Capítulo neoyorquino de la American Association of Teachers of Spanish.

Sean mis primeras palabras, señoras y señores, de gratitud hacia vuestro presidente Mr. Barlow, quien me ha conferido el honor de ponerme aquí esta mañana frente a un grupo tan distinguido de colegas; vaya después mi saludo familiar a todos vosotros, soldados honorarios de mi raza en esta gran república. He dicho soldados honorarios y pudiera también decir soldados ideales, porque España ya cerrado el sepulcro del Cid y con él una era de su destino histórico, no anhela bienes temporales, sino amor y comprensión. Y vosotros, amigos míos, día tras día, con devoción casi filial, ponéis una caricia en la frente un poco cansada de la vieja Hispania.

Si antes los ilustres profesores Schevill, Espinosa y Hills fueron portavoces de vuestras simpatías hacia España, y si este año serán Wilkins, Shepherd y Wagner quienes hablen por vosotros al otro lado del Atlántico, ya Onís en su bello discurso de apertura de la Universidad de Salamanca dió a todos los norteamericanos, os dió a vosotros los maestros especialmente, el mensaje de un pueblo agradecido. Nadie con más títulos que el señor Onís para hablar en nombre de España, no sólo porque él es el más grande prestigio entre el puñado de españoles que vivimos en Norteamérica, sino también porque Onís es el más español de todos, porque Onís, sincero, sabio, generoso, con la honradez sin compromisos de un castellano de la meseta de guerreros y de santos, es como si un pedazo de la península ibérica se hubiese trasladado a Nueva York.

¡ España ! ¡ Lo que se puede aprender en España ! Como primera providencia os daréis cuenta de lo azul de nuestro cielo y de la fuerza de ese sol que derrama oro viejo sobre las viejas ciudades en los atardeceres mágicos. Y después, podréis aprender muchas cosas de inmediata utilidad.

En los Cursos del Centro de Estudios Históricos podréis convivir con un grupo selecto de profesores, de intelectuales, de jóvenes que rumian sueños de una España más buena y más bella. En este medio propicio os será fácil adquirir un más hondo conocimiento del lenguaje, y lo que es aún más importante, un sentido más agudo de las realidades españolas. Porque España, a los ojos de muchos, es un país indolente que se pasa la vida tumbado al sol en el invierno, o bajo la sombra de los árboles en el verano. Y España no es esto.

En España hay además de esto, un ansia grande de trabajo y de perfeccionamiento, una voluntad fuerte de edificar con los materiales propios y con los materiales útiles que puedan venir de afuera, el monumento de una grandeza modesta, pero sólida. De ello es buena prueba el renacimiento actual del genio español en todas las disciplinas, en la literatura, en las bellas artes, en las ciencias. Lo más puro de esta ansia renovadora está concentrado en los hombres que tienen el vértice de sus actividades en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Son los que laboran calladamente en el Centro de Estudios Hitóricos, los que han remozado nuestra vida universitaria, los que alimentan el prestigio moral de la Residencia de Estudiantes, los que pasan horas y horas en los museos, en los laboratorios, en las bibliotecas; los que van a las universidades extranjeras para libar en las flores del saber ajeno el jugo que ha de hacer más rica la miel de nuestro panal. Estos hombres os invitan a conocer a España, os mostrarán a España en sus aspectos más nobles y prometedores.

No necesito detallaros el programa de los Cursos del Centro de Estudios Históricos, donde se combinan aquellas materias de trascendencia cultural, la Historia, la Literatura, el Arte, con los trabajos prácticos de Fonética, Composición, Conversación, Lectura de textos y Comercio, que tan útiles os serán en las tareas cuotidianas del oficio. Observaréis que además de lo utilitario, existe el propósito bien meditado de daros en la medida posible una impresión de lo que somos, de nuestra contribución a la obra del progreso universal. Porque, señores, no se puede ser un buen maestro de español con el dominio exclusivo de la mecánica del idioma. Es menester entrever siquiera los valores ideales de la entidad histórica que usa esa lengua como medio de expresión. El lenguaje mismo no se puede aprender bien hasta que no se penetra en la psicología del pueblo que lo habla. Cuando os aproximéis a esa psicología, cuando discernáis el valor interno de las palabras, esos modismos que os causan al principio un poco de sorpresa, se os revelarán en todo su vigor pintoresco como la cristalización lógica de modos de pensar y de sentir. Yo recuerdo hoy, después de haber pasado cinco años en Norteamérica, lo incongruentes que me parecían algunos de vuestros modismos, algunas de vuestras expresiones de *slang,* cuando estaba en los primeros pasos del aprendizaje de vuestra lengua, y lo congruentes que me parecen ahora, cuando os conozco bien y estoy saturado del dinamismo de esta ancha

tierra de libertad y de trabajo. De la compenetración exacta del espíritu de una raza y de su lenguaje, tengo en mí mismo pruebas fehacientes. Hay momentos en que después de haber leído horas y horas un buen libro inglés o de haber discutido un tema de cultura con un americano, yo siento casi la necesidad de expresar mi pensamiento en inglés. Cuando en mis tareas de estudiante en vuestros seminarios yo oía conferencias dadas en inglés, pude notar más de una vez cómo mi inteligencia, en fino trabajo de percepción de las ideas expuestas, se iba poco a poco acomodando con una flexibilidad insospechada al curso dialéctico del expositor. Y lo mismo os ocurrirá a vosotros después de estar algún tiempo entre españoles que os hagan pensar un poco en español. Una lengua no se aprende con ejercicios de conversación infantil: Pregunta: "¿Dónde está el lápiz del maestro? —Respuesta: "El lápiz del maestro está sobre la mesa." Esta es la primera fase del aprendizaje que ya todos vosotros habéis pasado y repasado, que los alumnos vuestros y los míos deben pasar el primer año del estudio del castellano. Una lengua se comienza a aprender cuando tratamos de razonar, de hacer abstracciones en ella. Y esto es precisamente lo que os ofrece el Centro de Estudios Históricos: una gimnasia mental española con aparatos españoles, valga la metáfora.

Pero además de estas enseñanzas formales que podréis recibir durante varias semanas, hay otras lecciones más sutiles que se os ofrecerán por doquiera, al poner vuestra alma en contacto con las bellezas de nuestro arte. Penetrar en los museos, en las catedrales, en los conventos olvidados y admirar los lienzos donde quedó retratado el espíritu de un pueblo religioso y conquistador. Sumirse en la contemplación de Velázquez en aquella gloriosa salita del Prado, un verdadero santuario para los devotos de la línea y del color. Ver Las Meninas con sus dificultades técnicas de perspectiva y de luz que el artista de artistas venció con maestría sobrehumana. Encararse con Las Lanzas y dar un apretón de manos a los soldados despreocupados y valerosos de nuestros tercios. Tropezarse de manos a boca con uno de aquellos ambiguos Austrias que Velázquez copió con la fidelidad de un disector de almas. Conocer a los pordioseros y a los enanos y a los idiotas que él pintó con amor sereno y comprensivo mostrándonos a través de los ojillos el secreto espiritual de sus cuerpos contrahechos. Ver a Velázquez y explicarse uno de los rasgos más característicos del genio español, el realismo casi fotográfico del

procedimiento, y la idealidad como suprema aspiración del arte; porque Velázquez es como Cervantes y es como Galdós: un gran realista idealizador.

Es conversar con Murillo, el Rafael español, y bañarse en la suavidad del mediodía, en esa gracia un poco superficial de "la tierra de María Santísima," fiesta de medias tintas y exquisitas consonancias, que habréis de ver siempre reflejada en los poetas de la escuela andaluza. Es ver a Ribera, el más monástico, el más torturado de los pintores españoles, seguido de una procesión de santos en éxtasis indiferentes al martirio de la carne mientras las pupilas asombradas escudriñan la negra perspectiva que ha de ser iluminada, al fin, por el rayo de la fe. Es penetrar en las callejas de Toledo, la ciudad de las horas confidenciales, donde el espíritu recobra la elasticidad necesaria para retrotraerse a siglos pasados y fundirse en la sombra de lo que fué; es palpar en las piedras que tres civilizaciones fueron acumulando en el solar imperial, toda la trayectoria de un pueblo recio; es ver al Greco, al místico de los sueños alados; ver en sus figuras alargadas, en los ojos que quieren salirse de sus órbitas para explorar la incógnita del más allá, —la noche eterna del alma—, todo el significado de ese clasicismo cristiano que tantas veces supo inspirar a nuestros hombres de letras antiguos y modernos.

Es visitar Segovia, Avila, Salamanca, Burgos, la yerma planicie, el corazón de España, y explicarse la sobriedad de Fray Luis de León y las telas gráficas y robustas de un Zuloaga, hijo adoptivo de esta tierra parda que dió cruces y espadas para dominar el mundo. Es ver en los graves muros del Escorial las sombras de los Austrias, quienes, cual los artífices del monasterio, modelaron a golpe de cincel la grandeza política del siglo XVI. Es perderse en los laberintos de la Alhambra y ver cómo surge todo el sensualismo y toda la plasticidad juguetona de una raza de artistas que nos dejó la herencia de su sangre ardorosa, del optimismo fatalista que se respira por doquier en el sur de mi patria. Es entrar en la catedral de Sevilla, esa obra de locos, y apreciar bajo la fábrica de sus enormes sillares la relación que existe entre la grandeza de un monumento y la grandeza del pueblo que lo construye. Es pasear la mirada por el Palacete de la Granja, la achicada imitación de Versalles, obra magna del primer Borbón de España, con sus faunos engreídos y sus fuentes parlanchinas y su gusto barroco, y tras la rápida visión, evocar como por ensalmo todo el pseudo-clasicismo y el amaneramiento de nuestro siglo XVIII.

Es descubrir en estas peregrinaciones por las fértiles regiones de nuestra historia el lazo impalpable que ha de daros la visión total de la raza hispánica, de su arte, de sus costumbres, de su literatura: de todo lo que somos en virtud de todo lo que hemos sido.

Y no se agotará la fuente de las revelaciones con este paseo somero por los caminos reales del arte. Aun queda otro mundo de verdades que podéis descubrir y que llenarán vuestros corazones —corazones casi españoles—del puro goce de irse acercando a esas virtudes fundamentales, primitivas, que tan abundantes se dan en el suelo hispano.[1] Tenéis que penetrar en la íntima psicología del pueblo español y verlo sufrido, generoso, democrático, cortés, con la dignidad que da la conciencia de la propia estimación.

Después que hayáis hablado con uno de esos campesinos castellanos, sobrios, tenaces, llenos de sentido práctico y de prestancia varonil; después que hayáis cambiado unas palabras con un madrileño típico, uno de esos modernos atenienses, vivo de imaginación, alegre, fino, burlón, escéptico; después que hayáis conservado con un andaluz jacarandoso, resudante de generosidad, poseído de todas las gracias, ingenioso por herencia, artista por temperamento, uno de esos andaluces castizos que arrastran la vida bajo su amado sol con el epicureísmo aristocrático de hombres elegidos; después que os hayáis echado al coleto un trago de sidra mano a mano con algún ejemplar de Asturias, la tierra verde, tradicional y poética; después que hayáis oído a un catalán describiros firmemente la superioridad incontestable de su región y ponderaros en un lenguaje un poquitín mandibular la belleza moderna de Barcelona, urbe del trabajo y de las osadías constructivas; después que hayáis escuchado a un valenciano impetuoso, de esos que os traen a la memoria la huerta musulmana estremecida de odios y amores definitivos; después que un vasco os haya estrechado la mano con traza de hombre cabal y abierto; cuando hayáis discutido con un aragonés, si ello es posible; cuando un gallego os haya mirado con sus ojillos inquisidores; cuando hayáis pasado por todo esto, entonces y no antes empezaréis a conocer a España. Entonces, de la suma de todas estas características desparramadas por el haz de la península, surgirán algunas virtudes básicas que constituyen la espina dorsal de nuestra raza, que son el tesoro que tratamos de conservar con altivez de grandes señores.

[1] Claro está que también tenemos algunos defectillos; pero, ¡no es menester acusarnos de parciales u olvidadizos! Ya hay diligentes censores que bien se cuidan de echárnoslos en cara.

Entonces apreciaréis la generosidad de un pueblo que saborea el placer de dar, y aun mucho más el placer de renunciar. Entonces estimaréis en lo que vale esa dignidad señoril de todo español bien nacido, el *Spanish pride,* que no es orgullo vacío, sino la convicción de que hay extremos a los cuales un hombre honrado no puede llegar; dignidad que lejos de ser un defecto es la mayor virtud que tenemos, porque ella es la que preserva los rasgos más enteros de nuestro carácter; dignidad de hoy que es la misma que en el siglo XVII hizo caminar a nuestros tercios de Flandes, vencidos y andrajosos, por tierras de la Francia, con la gallardía y la compostura de príncipes en desgracia, que es la misma que en el siglo XII ponía en boca de los nobles aragoneses estas altaneras palabras de salutación al nuevo monarca: "Nos que valemos tanto como vos, os elijimos rey con tal que gardaréis nuestros fueros y libertades, y entre vos y nos uno que manda más que vos: si no, nó!" Entonces os explicaréis esa afirmación paradójica de que España es el país más democrático del mundo; porque allá un hombre tiene un valor intrínseco ajeno a los bienes terrenales o las preeminencias transitorias, porque allá cada individuo es una unidad intangible que defiende su independencia con el tesón ascentral de aquellos bravos comuneros que hablaban al Rey de tú. Entonces os convenceréis de que existe una cortesía española, que tal vez no se expresa con dulces palabras, pero que se manifiesta en acciones desinteresadas ofrecidas sin espera de recompensa, al solo influjo de la humana solidaridad del "hoy por ti y mañana por mí." Entonces os cerciorareis de que hay una imaginación española, una vena creadora de potencia incalculable, aunque vaya más allá en los campos de la especulación que en los de las realidades positivas. Entonces veréis la espontaneidad española, el don de la improvisación, ese poder de formar en el cerebro concreciones rápidas y seguras de las ideas que flotan en el aire. Entonces descubriréis que la tan decantada pereza española es en muchos individuos más que limitación racial o influencia del medio, una postura consciente frente al problema de la vida, una actitud filosófica tan legítima como otra cualquiera. Entonces os daréis cuenta de todo el optimismo de una raza batida por siglos de desgobierno, que aun sabe cantar dulces baladas junto al fuego de los cortijos y en la paz bucólica de las campiñas. Entonces y sólo entonces veréis toda la grandeza de mi pueblo. Y de este inventario de vuestras observaciones, sacaréis también, y no lo digo ni por adularos ni por adularnos, el convencimiento de que en sus rasgos esenciales hay una gran semejanza entre España

y Norteamérica, semejanza que explica la creciente popularidad de los norteamericanos en España y de los españoles en Norteamérica.

Para terminar esta ya larga plática sobre España, voy a referiros algo que yo presencié y que quiero que, a manera de símbolo, os ayude un poco a conocer el carácter español. Iba yo una mañana paseando cerca de la Plaza de la Cebada, cuando llamó mi atención una mujer extranjera, bien vestida, que se disponía a entrar en el típico mercado de abastos. (Sólo me propongo narraros un incidente aislado y por lo tanto sería estúpido descubrir la nacionalidad de la extranjera y darle así un valor representativo que está muy lejos de tener.) Curioso y desocupado, me dispuse a seguir a la dama. Me intrigaba observar la impresión que aquel pintoresco cuadro habría de causarle. Caminaba yo a paso lento tras la señora. Ella se paraba con interés cerca de algunos de los puestos de "más carácter" y contemplaba con sus gafas de oro las mercancías y los vendedores. Unas y otros debieron llamar poderosamente su atención a juzgar por la expresiva curiosidad que reflejaba su semblante. De pronto hizo alto frente a un humilde puesto de frutas y verduras, tras el cual asomaba apenas el rodete inconfundible de una de esas madrileñas netas que están a sus anchas en los sainetes de don Ramón de la Cruz. La extranjera señaló con su mano enguantada a unas gordas y lucientes naranjas que estaban amontonadas en forma de pirámide en la parte anterior del mostradorcillo. Yo me acerqué haciéndome el distraído. ¡La maldita curiosidad del que quiere matar el tiempo!

Al notar el gesto de la extranjera, la dueña del rodete inconfundible surgió de detrás de las naranjas y entonces pude contemplarla a mi satisfacción. Era una de esas buenas comadres de los barrios bajos del "pueblo de Madrid," regordeta, con vestido negro "de percal planchá," delantal a rayitas blancas y negras, zapatos bajos claveteados y cabellos blancos y abundantes que se aplastaban con pulcritud castiza a ambos lados de la cabeza. Todo era humilde, pero todo era limpio. Su cara saludable y su sonrisa franca harmonizaban bien con las doradas naranjas que sonreían desde la tablilla del puesto.

La señora de los guantes, expresándose en un español infame, dejó adivinar que quería dos de aquellas naranjas. No necesitó muchas explicaciones la comadre. Estas comadres tienen el poder de adivinarle a uno el pensamiento. Paseando la mirada desde la señora a las naranjas y desde las naranjas a la señora, escogió los dos mejores ejemplares del montón y los puso en una cestita que sacó de la trastienda. Después, llena de orgullo profesional, con una sonrisa bona-

chona, ofreció la cestita a la extranjera. Cuando ésta hizo ademán de abrir su bolso-portamonedas, la vieja, poniéndose en jarras, exclamó cortésmente:

—No, no es nada; que las disfrut' ustez con mucha saluz.

Pero la señora insistió en pagar las naranjas:

—¿Cómo mucho?

—Le digo que no es nada, —repuso la verdulera—; tengo mucho gusto en regalárselas.

En este momento ocurrió algo extraordinario. La extranjera rechazó de mal modo la cesta y mirando con cierto desprecio a la comadre, como la que no está acostumbrada a aguantar familiaridades de gente de baja estofa, dijo con una voz áspera y desabrida:

—Yo querer pagar por las naranjas, yo no querer presentes de usted. Yo no querer estar bajo obligaciones.

La "señá" del puesto miró asombrada a la extranjera y sonriendo timidamente la dió a entender con gestos y palabras que todo estaba bien, que ella estimaba su buena voluntad, pero que quería que aceptase las naranjas. A un nuevo movimiento aun más acentuado de repulsa de la señora, la verdulera cambió de actitud. Con la dignidad de una princesa ofendida volvió la espalda a la extranjera, sacó las naranjas de la cestita y las colocó en la pila del mostrador. Después, serenamente, majestuosamente, volvió tras el puesto, se sentó en su banqueta y continuó la interrumpida costura.

La extranjera quedó un tantico confusa. Ella no se explicaba nada de todo aquello. Se arrimó aun más al puesto y con una voz chillona reclamó las naranjas:

—Yo deseo a hacer negocios. Querer obtener las naranjas por mi moneda.

Hubo una breve pausa. La comadre levantó sus ojillos grises de la costura y con acento entero y un si es no es irónico, respondió, remedando a la extranjera:

—Pero yo no querer vender las naranjas, porqu' ustez no tener dinero pa pagar *mis* naranjas. Ustez tener dinero pa pagar toas las naranjas de la Plaza de la Cebá, per' ustez no tener bastante dinero pa comprar *mis* naranjas. ¡Nos ha fastidiao la señora!

Amigos, España ofrece muchas de estas naranjas. Tomadlas cuando se os den con amor. Aprended a distinguir el tono. Sabed que un español vive de algo más que de pan.

Joaquín Ortega

University of Wisconsin